



LA CIUDAD DE ELSENEUR Y EL CASTILLO DE CRONSBORG.

En la punta de la isla de Seeland, á la orilla del estrecho llamado el Sund, y que une el mar del Norte con el Báltico, está situada la risueña ciudad de Elsenør, poblada de mercaderes, de corredores de comercio, de armadores y de marineros. La población de aquella costa dinamarquesa no cuenta arriba de 6,000 almas. Pero la cantidad de buques que afluyen allí en verano, los extranjeros de todas clases que la atraviesan, los negocios y operaciones mercantiles que se efectúan con el mundo entero, hacen que sea durante cinco ó seis meses del año una de las poblaciones mas animadas y mas interesantes que pueden hallarse. Cada buque dinamarqués ó extranjero que entra en el Sund, está obligado á detenerse allí á pagar un tributo á la Dinamarca, tributo antiguo y gravoso, contra el cual han protestado ya varias naciones, pero que fué asegurado por los tratados de 1815, y que subsiste aun en toda su estension. En los meses de junio y julio llegan allí 100 y hasta 200 buques por día, de Inglaterra, España, América, Francia, Rusia, etc., de los países mas remotos y de los mas próximos. Cada embarcacion, para satisfacer el tributo que la es impuesto, debe hacer constar en la aduana de Elsenør la estension y valor de su cargamento. Es una operacion que, á pesar de los muchos aduaneros que hay empleados, y de la celeridad con que se efectúa, ocasiona con frecuencia un retraso de dos ó tres dias, y hace entrar en la ciudad un gran número de marineros que permanecerían ociosos inútilmente á bordo de los buques. Estos derechos que percibe la Dinamarca de tantas embarcaciones, la producen una renta anual de unos doce millones; es el mejor ingreso de su erario. Fueron establecidos hace muchos siglos, en la época en que tantas bandadas de piratas infestaban los mares Báltico y del Norte. La Dinamarca emprendió entonces el proteger á todos los buques mercantes contra aquellas hordas temibles, con la sola condicion de que cada uno daría una indemnizacion. La indemnizacion se ha convertido paulatinamente en un impuesto regularizado: los piratas han desaparecido, y la Dinamarca no tiene que hacer sino un gasto insignificante para tener estacionada una fragata á la entrada del estrecho, sostener la farola de la costa y la fortaleza de Cronsborg.

Este castillo está edificado al extremo de la punta de la isla que se adelanta hácia el mar. Había allí, desde la época mas remota, una torre y algunas murallas toscamente construidas. En el siglo XV se empezó á construir en aquel sitio tan notable por su topografía, un

edificio mas estenso; y en el siglo XVI Federico II hizo levantar á su costa el castillo que hoy existe. Es un edificio estenso, cuadrado, de piedra de sillería, muy semejante por su forma exterior á los antiguos castillos de los príncipes que se encuentran en el Norte de Alemania, y defendido por todos lados con anchas contraescarpas é imponentes baluartes.

Se enseña á los extranjeros que le visitan una sala inmensa llamada Sala de los Caballeros, y casamatas, bóvedas profundas en que varios regimientos podrian hallar un refugio en caso de guerra, y reunir provisiones para varios meses. Pero cuando se visita á Cronsborg, lo que llama la atencion mas aun que la suntuosa Sala de los Caballeros y las bóvedas sostenidas por enormes pilares de piedra, es un cuarto húmedo y lóbrego, que recibe la luz por una sola ventana, cuyos vidrios, resguardados por espesas barras de hierro, se abrian casi al nivel del mar. Allí fué donde la reina Matilde, arrancada por una catástrofe sangrienta del trono que embellecía con su juventud y sus gracias, esperó durante largas horas y aun largos dias, la fragata inglesa que debia transportarla á Alemania.

Si hubiera podido subir á la plataforma del castillo ó á las azoteas de las torres, quizás su imaginacion se hubiera distraído, sus miradas se hubieran recreado en el espléndido panorama que se estiende alrededor de aquella fortaleza: enfrente de las murallas está la villa de Helsingborg, las costas de Suecia con las montañas onduladas, las pendientes azuladas de Kullen, que, segun la opinion de Rudbeck, el sábio intrépido, son las verdaderas columnas de Hércules; entre aquellas playas de Suecia y las de Dinamarca, la inmensa mar, brillando con infinitos colores, sembrada de lanchas, de embarcaciones mercantes y de buques de guerra; y al mirar el terreno de la Seeland, bosques de ayas, praderas deliciosas, una colina poblada de árboles, que se llama aun como en el tiempo del paganismo, Scandinava, y al pie de esta colina una piedra, un sepulcro, ante el cual deben descubrirse é inclinarse todos los amigos de la buena poesia: ¡es la tumba de Hamlet! Los habitantes de Elsenør lo aseguran. Shakspeare lo sabia, y mucho antes que Shakspeare, Sajon, el gramático, habia descrito prolijamente la muy dramática historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca.

9 DE JUNIO DE 1830.

LOS GENIOS GEMELOS. (1)

NOTAS PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DEL PARALELO DE SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

De Safo.

1.^a

La historia de Safo está envuelta en la oscuridad, y confundida con la de otra Safo, griega también y poetisa célebre. Algunos autores, y entre ellos los que con más seguridad afirman que hubo dos Safos, son Suida y Eliano. Dicen que la primera floreció en los tiempos de Alceo; pero no señalan la época de la segunda, ni espresan con claridad cuál de las dos fué la más célebre. A una de estas atribuyen por tradición costumbres deshonestas, y todo nos induce á creer que no es á la Safo autora de la oda á Faon; porque está afirmado, con el testimonio de escritores respetables y por la inscripción que se lee distintamente sobre el mármol (2) en la crónica de Paros, que esta fué la contemporánea de Alceo; que huyó á Sicilia entre los desterrados de Mitilene enemigos de Pirraco. La otra, á quien también suponen inventora de los sáficos, era la casada con Cécecla, Andrio de nación, de quien tuvo una hija llamada Clida. Es evidente que mezclan las obras de una con las hechas de otra, cuando siendo la autora de la oda la contemporánea de Alceo; suponen que otra Safo, muger de Cécecla, era la inventora de los sáficos. Las invectivas de algunos escritores griegos contra la Safo cortesana, madre de Clida é infiel á Cécecla, y el silencio que guardan otros acerca del estado de la Safo, amante de Faon, ofrecen nuevas razones para creer que existieron dos Safos. Porque era natural que al referir la historia de la amante de Faon, sus infortunios y su trágica muerte, se hiciese mención de su hija y ningún escritor la hace.

2.^a

No hay en los libros griegos que hablan de Safo, ninguna acusación que tenga probabilidad siquiera para suponerla muger deshonestas. Las acusaciones que existen de escritores muy posteriores á Safo, es decir al siglo VI, según unos y VII según otros antes de J. C., se fundan solo en el rumor de las tradiciones.

3.^a

Hay muchas razones para creer que la Safo, autora de la oda, era severa en los puntos de honra y amiga de la virtud. Son las siguientes. Que Aristóteles (3) dice:

«Alceo había concebido por Safo un tierno amor. Un día la escribió:— Quisiera explicarme pero el rubor me lo impide.—Safo contestó:— Tu frente no tendría rubor si tu corazón no tuviese culpa.»

Si Safo fuese una muger envilecida, ni Alceo la hablara con tanto respeto, ni ella contestara con tanta dignidad, ni el sábio Aristóteles escribiría este hecho. Las máximas de Safo que han pasado á la posteridad son:

«Yo he recibido el amor de los placeres y el de la virtud en partes iguales. Sin ella nada es tan peligroso como la riqueza; y la felicidad consiste en la reunión de ambas (4).»

«Esta persona se distingue por su belleza: aquella por su virtud. La una parece bella á primera vista. La otra no lo parece menos á la segunda.»

Una muger infame no podía espresarse de este modo ante el pueblo de Atenas, el más indulgente con la corrupción, el más implacable con la hipocresía. Aristóteles (5) dice que los griegos estaban llenos de veneración hacia Safo. Los griegos amaban á los héroes y admiraban á los sábios, pero no veneraban sino á los dioses. Esta veneración consagrada á un mortal, envuelve la idea de un mérito superior en el ser venerado.

En un libro de escritores anónimos se dice, que Euclyr esculpía la primer estatua.

Ciceron (6) asegura que la estatua que se elevó á Safo fué esculpida por Silancoid. Las monedas que se acuñaron con su busto demuestran hasta qué punto llegaba la veneración hacia Safo.

4.^a

Safo fué víctima del odio de las cortesanas de Atenas (7), y se quejó de sus persecuciones. Un epigrama de Safo, que existe y cuya

traducción ha hecho con tanto tino un literato contemporáneo, alude á esta enemistad. La ofendieron, respondió con la ironía y acabó de imitarlas.

5.^a

Safo no huyó á Sicilia tras de su amante. En la nota primera esplicamos la razón de su huida (1). Safo se vió obligada á buscar un asilo contra las persecuciones. En un libro de inscripciones hallamos aludiendo á la crónica de Safo esta voz *αὐτὴς* que á nuestro entender dice *sufrimiento*.

6.^a

Safo era altamente religiosa según las creencias de aquellos tiempos, como puede juzgarse de ello por los versos en que pide auxilio á la diosa Venus y que empiezan.

Ποικιλὸς.....

«¡Eterna y hermosa Venus. Diosa hija del grande Júpiter.»

7.^a

El crimen del suicidio no está comprobado por el salto de Leucades. El salto de Leucades era más bien una ceremonia religiosa del pueblo griego. Un sacrificio consagrado á Apolo.

Barletemi hace la descripción de esta memorable fiesta, que reunía todos los años en el templo de Apolo á los pueblos más fanáticos de Grecia.

Safo fué á Leucades (2) á buscar el remedio contra su pasión desgraciada. Tres oráculos había consultado y estaban conformes. La adivina Manto (3) se lo había predicho. Un sacrificio que se consagraba á un dios y que era aprobado por los oráculos y bendecido por los sacerdotes, no era en Grecia un crimen sino una virtud heroica. Safo no fué, no pudo ser criminal sino con relación á nuestras doctrinas, según la religión que desgraciadamente profesaba; por no conocer la luz del catolicismo, Safo descendió á los mares para subir al olimpo.

La ignorancia pues, ó la injusticia de los hombres, pueden solamente condenar á Safo por su sacrificio, juzgándola como á los criminales que se suicidan siendo cristianos y sabiendo que ofenden á su Dios.

Safo por lo que resulta de nuestras investigaciones hechas en las entrañas de la historia á través de la fábula, fué la heroína más ilustre, la amante más infortunada y la poetisa más gloriosa del mundo.

De Santa Teresa.

1.^a

El ingenio literario no lo creó en Teresa como suponen los frailes su vida monástica. Ni sus inspiraciones fueron solo para escribir sobre el arreglo de conventos. La primera obra que escribió Teresa fué una novela caballerescas que fué condenada á las llamas por la censura. El padre Ribera (4) en su libro anotado al margen de su propia letra dice:

«Dióse al estudio de estos libros, y como el ingenio de Teresa era tan excelente, así bebió aquel lenguaje que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro con sus ficciones caballerescas.

«Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, comenzó á traer galas y olores y á cuidar cabellos y manos y desear parecer bien, aunque sin mala intención ni deseando jamás ser ocasión á nadie de ofender á Dios.»

Por el elogio del ilustrado padre Ribera, vemos cuánto era el ingenio de Teresa, aun antes de ser iluminada por la gracia divina; pero no conocemos el peligro en que se hallaba su alma por haber escrito aquel libro, puesto que lo que sacó no fué sino afición á los perfumes y curar cabellos y manos con desec de parecer bien: todo sin intención de ofender á Dios. Creemos que el estremado celo por la salud de las almas, hace que los temerosos padres hallen peligros en las cosas inocentes. La obra á lo que parece no tiene más tacha que ser ficción. ¡Oh! cuántas ficciones hay en las crónicas de aquel tiempo, que hacen más daño á la religión, con ser escritas por religiosos, que la sencilla y cándida fábula que podía inventar Teresa á la edad de 15 años! Por lo que hace á los perfumes, perfumes exhalan las flores que Dios hace brotar bajo nuestra planta. Perfumes ofrecemos al Señor en los altares. El curar cabellos y manos tampoco podía conducir á Teresa á la perdición. La limpieza que con tanto terror miran los de la orden no puede ser un vicio sino cuando la suciedad sea una virtud. Esta no

(1) Para no entorpecer la lectura de cada paralelo con explicaciones y textos, ponemos estos al fin de cada uno en artículo separado.

(2) Barletemi

(3) Lib. 4.^o, t. 5, cap. 9, p. 551.

(4) Sapph. ap. Athus. lib. 15, p. 687, Pind. o'limp. v. 96. Ed. fragm. Crist. Wolf. p. 75.

(5) Rust. lib. 3, cap. 25.

(6) In. van. lib. 4, cap. 57, p. 405.

(7) Hort. lib. 3, ed. 15.

(1) Marm. Oxon. epoch. 57.

(2) Menand. ap. Etrab. lib. 10, p. 455.

(3) La más célebre de las adivinas de Grecia. Declara que Venus la iniciaba en los profundos secretos del porvenir.

(4) Vida de la madre Teresa de Jesús. --Salamanca 1590.

obstante fué la primera culpa de Teresa para ser *severamente reconocida* por los confesores, y el primer motivo de *arrepentimiento* que la llevó á huir de la sociedad. ¡Ay que quebradiza juzgaban los frailes que era la virtud! Tal vez la experiencia de los vicios del mundo traiga esta suspicacia que la inocencia no tiene ni necesita. Pero mejor que nosotros defiende Teresa su gusto por los perfumes en la respuesta que dió al venerable padre Yepes cuando al ir á limpiarse las manos en un paño oloroso, reconvinó ágramente á las monjas (1). Así dijo Santa Teresa con mucha humildad y gracia:

«Sepa, padre, que esa imperfección han tomado mis hijas de mí. Pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al Fariseo, en el convite que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, querría desde el umbral de la puerta á la iglesia que todo estuviera bañado en agua de ángeles, y mire, mi padre, que no se le dá ese paño por amor de V. R., sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, para que se acuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia: y si esta no fuese limpia váyanlo siquiera las manos.»

2.^a

Antes de ser *santa*, porque la *santidad* no es una *cualidad* con que se *nace*, sino que se *adquiere* con el ejercicio de las virtudes, con una vida pura, con una muerte perfecta, Teresa de Jesús sufrió todas las turbaciones que afligen el corazón de las criaturas, y todos los combates que prueban la fortaleza de la virtud. Léase su vida en donde dice, que el enemigo le despierta los sentidos para pensar en cosas que no son de Dios, y cómo con la gracia de este Señor las vence y sale triunfante. Esa impasibilidad humana, esa bienaventuranza divina no la conquistó sino después de grandes luchas. Su alma se hallaba á veces confusa con las sensaciones diferentes que experimentaba. La santa lo dice (2).

«Vienen algunos días que me parece que todas las cosas buenas, fervorosas y visiones, se me quitan y aun de la memoria, que aunque quisiera no sé que cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, al menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Tórbaseme el entendimiento que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo.»

A la hora de su muerte todavía le asaltaba el temor de ser vencida. Así hasta que la criatura muere no se la puede llamar *santa*. Teresa como *muger* sufrió mucho y solamente cuando murió para ser *santa* se realizó la unión de su alma con Dios, que en tanto la criatura existe, aunque sea muy pura, le está aproximada pero no unida.

3.^a

Para que se conozca mejor el gran mérito de la constancia de Teresa, lo que padeció en la vida de reformadora y como era combatida por la soberbia de los frailes, y hasta qué punto llegaban las demasías de estos, copiamos algunas líneas de la carta que la madre dirigió á Felipe II:

«....Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían, según me han dicho. Y sobre todo háles quitado este los confesores y tiénelos presos en su monasterio: y descerrajaron las celdas, y tomáronles lo que tenían, los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, como no siendo perlado ni mostrando por donde hace esto (que ellos están sujetos á comisario apostólico) se atreven á tanto, estando este lugar tan cerca de donde está V. M....» (3)

En efecto aun ahora nos escandaliza que en aquel tiempo pasara esto, y si no lo supiéramos de la boca divina de la santa que adoramos, creeríamos que era calumnia de gentes poco piadosas. En otra carta al padre Gracian dice:

«Me tienen espantada las cosas que han hecho con estas pobres. Y he procurado con ellas que obedezcan, porque era ya mucho el escándalo.»

Estos clamores de la doctora de Avila, nos parecen á nosotros justos, pero los frailes lejos de respetarlos los comentan así:

«Las monjas que son fuertes y en lo que emprenden saben sentirlo bien, se lo llorarian bien llorado á la santa; y en estos lamentos se fundan algunas cláusulas tan amargas como aquellas lágrimas que escribe al principio y fin de su carta. «Que procuró con ellas obediencia porque ya era escándalo. ¿Y quién duda que lo era ya tanto resistir aunque tuvieran mil razones?» (4)

¡Oh cómo se trasluce aquí el coraje de Fr. José, y qué poca razón muestra en querer que las monjas obedezcan á la fuerza aunque no haya razón!

(1) Vida de la Santa madre Teresa de Jesús por el padre Yepes, lib. 3 cap. 5.^o

(2) Cartas de Santa Teresa.

(3) Cartas de la Santa madre Teresa de Jesús.

(4) Notas de fray Antonio José, carmelita descalzo, á las obras de Santa Teresa.

Así lo conoció la santa, y á pesar de la sumisión que se veía obligada á tener, en la dominación de ellos, era tal el temor que últimamente les tenía, que hay mas de ocho cartas en que pone estos avisos.

«Si algun fraile ha de quedar allí, vuestra reverencia le avise mucho que tenga poco trato con las monjas (1).»

4.^a

Era tanto el martirio que daban los confesores á la purísima conciencia de la monja, que una vez se vé precisada á exclamar con extraña energía.

«...Aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrían hacer creer que esto es *demonio*, porque no puedo (2).»

Poco miramiento tenían con la santa los padres cuando no se prestaba ciegamente á los mandatos de ellos; porque tambien vemos que hasta el nuncio la llama (3) *muger inquieta y andariega*.

Teresa de Jesús era una víctima colocada entre los ejércitos de las órdenes enemigas, que se hacían una encarnizada guerra. De sus escritos sacaban provecho comentándolos. Esto sospechamos al ver la tortura que daban á los escritos de la santa, comentándolos y recargando cada espresion con una nota. ¿Para qué? ¿podían sus comentarios darles mas claridad que la luz de la gracia divina que los inspiraba? Poco la estimularon y mucho la persiguieron. Dos veces estuvo como prisionera.

5.^a

Teresa no había menester de los fatigosos consejos de sus directores, que la suponían estraña á la prevision de las cosas terrenales, y fácil de ser sorprendida del enemigo. Teresa era por el contrario una vigilante y rigida censora de ellos, que descendía á juzgar los hechos profanos y darles consejos, como hacemos observar en la carta dirigida al P. Gracian, y cuya conclusion puede leerse en sus obras. En la boca de oro de Teresa de Jesús toda palabra resplandece, ninguna está fea, pero nosotros no nos atrevemos á copiarla íntegra.

«En lo que toca á esotra doncella ó dueña, mucho se me ha asentado que no es tanto malenconia como demonio que se pone en esa muger para que haga esos embustes, que no es otra cosa, para si pudiese engañar á V. P., y así es menester andar con gran recato en este negocio, y no ir V. P. á su casa: en ninguna manera no le acaezca.....» (4)

Esta no es la monja entregada al *éxtasis continuo*, y cuya mision es únicamente traducir á las monjas el *sentido* de sus visiones: es la muger indagadora y de razon serena que fija su penetrante mirada en la sociedad para descubrir las malas costumbres y corregirlas. Teresa ha sido acaso la única muger en el mundo que por su sabiduría infalible y por su maravillosa fortaleza ha reunido en sí las dos raras y diferentes cualidades de conocer por teoría todas las pasiones, todos los vicios de las criaturas, y de conservar por práctica toda la pureza, todas las virtudes de los ángeles.

6.^a

Es tan pueril Teresa cuando habla como monja, y la tenían tan acostumbrada sus directores á que diese cuenta de las menores circunstancias que la acaecían, como vemos por esta carta al padre Gracian:

«¡Oh mi padre! ¡qué desastre me acaeció! que estando en una parba, cabe una venta que no se podía estar en ella, entrárame una gran salamanquesa ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó y y dió con ella á Alonso Ruiz en la boca.....» (5)

Fray José pone á este párrafo una nota mayor que la carta, en la cual, después de haber hablado de lo natural que era este *susto*, aunque la *sabandija* no podía *morder* á una *santa*, y de la *Virgen*, y de la *serpiente*, y de los *Apóstoles*, y de otras cosas, concluye:

«Y cuando hubiera faltado su hermano, la misma Santa, como otro Pablo á la serpiente de Malta, la hubiera arrojado, no á la boca de Alonso Ruiz, sino al fuego de la venta ó á la *venta del fuego* (6), donde pagase su osadía. La casualidad de dar con ella en la boca de otro sería materia de recreacion, como accion indeliberada, consiguiente á la prisa que dan lances semejantes.» (7)

(1) Cartas de Santa Teresa de Jesús.

(2) Id.

(3) Id.

(4) Cartas de Santa Teresa, folio 440, tomo IV.

(5) Cartas de Santa Teresa.

(6) No lo entendemos.

(7) Notas de Fr. Antonio José, carmelita descalzo, á las obras de Sta. Teresa.

¡Que tan sábia doctora diese cuenta de esto, y que tan doctos varones se ocupasen en comentarlo!

7.^a

La fé piadosa que los frailes afectaban tener en los escritos de Teresa como obras que *Dios mandaba escribir*, no está justificada con sus actos. Para que se conozca cómo todos los escritos de Teresa eran alterados, véase que ni los estatutos que formó *auxiliada del Espíritu Santo* se salvaron de ser *examinados, corregidos, suprimidos y aumentados*. Léase la *Bulla* ó *propio Motu* del papa Sixto V.

8.^a

Reuniendo todas las noticias que existen de los escritos de la Santa, se puede calcular que escribió mas de 2,000 cartas. Pero muchas de las que escribió á Felipe II, han desaparecido, y, según afirman los mismos padres, San Juan de la Cruz rompió todas las que habían sido dirigidas á él. Se ignora la suerte de las otras, así como de infinitas obras que no han visto la luz.

9.^a

A Santa Teresa no se la puede comprender sino estudiando en sus escritos, sin atender á las interpretaciones y comentarios que tienen la mayor parte de ellos. Los frailes han presentado una Teresa de Jesús que no es la verdadera, porque la verdadera es mas fuerte, mas grande, mas sábia, mas sublime, mas espiritual y Santa que la que presentan ellos. Solo el elogio del sábio Fr. Luis de Leon y el de alguno otro que han hecho justicia á su gran talento y á sus virtudes, pueden iluminarnos para comprenderla como muger y como escritora. Como santa basta con la fé para adorarla en los altares.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla, mayo de 1848.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

IV.

MINISTRILES.

Hemos dicho antes que las crónicas latinas llegaron á confundir el nombre de scaldas con el de ministril y juglar, y seguramente no es de extrañar, porque el ministril fué llevado á Inglaterra por sus nuevos conquistadores. Luego que los normandos adoptaron la lengua romana-francesa, ya los cantores scaldas no se llamaron sino *menestriers*, hoy *minstrels* en inglés, y en nuestra lengua ministriles ó menestrales; y es indudable que de los primeros salieron los últimos, adoptando su ejercicio y sus costumbres, ó si se quiere no eran mas que unos scaldas degenerados. Los ministriles no dejaban de estar bastante en boga, pues se dice que los había en gran número en el ejército de Guillermo el Conquistador (1066); citándose entre ellos por sus proezas al célebre ministril Tallafarro, que entonando la canción de Rolando (1), rompió con la lanza las apretadas filas de los sajones, armados de mazas y hachas en la batalla de Hastings, y cayó muerto peleando.

Del normando al acercarse
Los ingleses dispersarse....
Tallafarro el buen cantor,
Sobre alazan corredor,
Iba delante cantando
A Carloman y á Rolando,
Y á Olivero y sus casalla
Muertos allá en Roncesvalles (2).

Los ministriles ó cantores públicos del tiempo de Enrique II cantaban en sus baladas las gracias y encantos personales de Rosamunda Clifford, una de las queridas de dicho rey, y la muger mas hermosa que hasta entonces se había visto en el país. Estos cantores continuaron honrados en Inglaterra, como se ve por la brillante acogida que un siglo despues daba Ricardo I, llamado *Cœur de Lion*, corazón

de Leon, á los muchos ministriles y trovadores que acudían á su corte de varios puntos de Europa. La historia refiere que Ricardo, como muy aficionado á la música y á la poesía, y poeta él mismo, llevaba consigo en su expedición á la Palestina muchos ministriles, y además dos poetas que cantaron en latín sus hazañas novelescas. Refiere además, que habiendo concluido Ricardo su expedición con mas gloria que ventaja, trató de volverse á Inglaterra; pero obligado á atravesar la Alemania en traje de peregrino, fué arrestado por Leopoldo, duque de Austria, quien le puso en estrecha prision para venderlo al emperador de Alemania. Por mucho tiempo se ignoró el paradero de Ricardo, y solo llegó á descubrirse porque Blondel de Nesle, ministril francés y favorito de dicho rey, despues de recorrer varias capitales, acertó á pasar inmediato á un castillo perteneciente al duque de Austria; y habiendo llegado á saber que en él estaba encerrado hacia tiempo un alto personaje, se colocó debajo de una ventana, y acompañado de su harpa, principió á entonar una canción francesa, que Ricardo y él habían compuesto. Luego que el rey, que en efecto estaba allí encerrado, oyó la mitad de una estrofa, conoció que era Blondel, y en la primera pausa que este hizo, continuó con su harpa la otra mitad. Convencido Blondel de que había hecho un descubrimiento importante, volvió á Inglaterra y participó á los barones el lugar del destierro de Ricardo, del cual salió por último, mediante un rescate de 150,000 marcos.

Si se ha retratado al ministril románticamente como un jóven de bella figura, sentado sobre el césped á las orillas de los rios y de las cascadas, ó cerca de una fuente cubierta de tilos y madreselva, con la vista fija en las torrecillas de una habitación señorial, suspirando amorosas endechas, dirigidas á una castellana que finge desdeñar su amor y sus baladas; los ministriles de la edad media, como dice Mazuy (1), no permanecían siempre en una actitud tan amorosa y lánguida: seguían á sus señores, y con una voz mas resonante que el trueno en los bosques silenciosos, entonaban á la cabeza del ejército cantos de gloria y de conquista. Cuando dos tropas enemigas se ponían delante una de otra, los ministriles tomaban ya sus violas ó violines, ya sus rotas ó laudes, como los scaldas y los bardos sus harpas de oro, y recitaban, acompañándose, las hazañas de los caballeros que habían muerto peleando, ó vencido en las grandes refriegas.

Esta fué, pues, con corta diferencia, la ocupación del ministril en toda Europa antes de la edad media. En Inglaterra siguieron siempre con la misma preponderancia; pero llegó su número á ser tan crecido, que así por esto como por haberse convertido en bufones, no eran ya apreciados como antes, aunque todavía se buscaban por recreo y pasatiempo. Eduardo II en 1313, se vió obligado á dar un decreto para refrenar la desvergonzada intrusión de los ministriles, que se metían en las casas sin llamarlos, y los trató de vagabundos y trapaceros, cuya intemperancia era ya demasiado repugnante. Un siglo despues (1464) habían crecido de tal manera estos abusos, que aun el corrompido y cruel Eduardo VI se lamentaba de ellos. Todavía en tiempo de Enrique VIII (1546) continuaban en Inglaterra los ministriles, pues los había al servicio de los nobles y de las familias ricas y poderosas; pero habiéndose hecho unos verdaderos saltimbancos y charlatanes, perdieron su antigua reputación. Walter Scott en *The lay of the last minstrel*, la canción del último ministril, hace que un anciano y enfermo harpista se queje de la suerte del pobre ministril, y recuerde los antiguos tiempos felices.

El traje de los ministriles ha sido diferente en casi todas las naciones donde los hubo. Geoffry de Monmouth refiere que los anteriores á la edad media tenían un aspecto clerical, pues iban tonsurados; pero que despues, á pesar de no llevar ya la barba antigua, vestían de un modo elegante y lujoso. Cubríales la cabeza un caprichoso y lindo birrete; el cuello de la camisa se elevaba rizado con pliegues: una túnica de mangas dobles, unas perdidas y otras ajustadas al brazo, se abrochaba en el cuello por medio de un boton de oro: zapatos encarnados con ricos lazos: el harpa colgada por delante con gracia, y la llave á un lado pendiente de un cinturón; finalmente, las armas de su señor suspendidas al pecho por una brillante cadena de plata. Es indudable que no todos los ministriles llevaron este traje, ni tocaron el harpa solamente; pero tal era al menos el ministril que el conde de Leicester hizo que se presentase en las fiestas dadas á Isabel de Inglaterra (1375) en el castillo de Kenilworth, vestido según el antiguo traje que aquellos cantores llevaban en la corte, los cuales en las principales solemnidades aparecían montados en magníficos caballos.

Estos eran los ministriles en Inglaterra; pero si en algunos puntos de Europa han quedado noticias de ellos, en ninguna parte tantas como en Francia. Luego que se firmaba una tregua, dice el antes citado Mazuy, ó se concluía un tratado de paz que permitía á los barones el volver á ver sus hogares, la belleza de sus damas y la

(1) Singing the song of Roland, one of famous chiefs of their country.—GOLDBRITH, *History of England*.

(2) «Quand ils virent Normaux venir
Mout veissiez Anglax fromir....
Tallafar ki mont bien chanta
Sur un cheval ki tost aloit

Devant eux allait chantant
De Killemaigne et de Ronellant
E d'Olivier et des vassaux
Ki morurent á Rainschevaux o
(WACE)

(1) Types et caractères anciens.

gentileza de sus pages, todos los ministriles acudían á los castillos. A su llegada se bajaban los puentes levadizos, el enano hacía resonar los ecos de su corneta, los escuderos abrían las hojas de las pesadas puertas de bronce, la castellana y sus hijas acudían en tropel, y el ministril, orgulloso con tantos honores, feliz con tantas atenciones, se adelantaba prometiendo alegres trovas y festivas narraciones durante su morada en el castillo. Con el rostro lleno de insinuante sonrisa les decía:

Por amor de mi amiguita
Cuanto ordene cantaré,
y en su elogio compondré
la cántiga mas bonita.

Soy tañedor de vielas,
sé lindas cosas narrar,
y en mi laud entonar
serventesios, pastorelas (1).

Después de estas ofertas y cumplimientos, el ministril era introducido á la presencia del orgulloso castellano, y agasajado en recompensa de sus muchas habilidades. Semejante honor, tributado á estos poetas aventureros, podrá quizá parecer exagerado al que no se haga cargo de lo caballeresco de aquella época. De cierto se sabe por las crónicas francesas que los ministriles andaban errantes sin tener una residencia fija, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, en tropas mayores ó menores, con sus mugeres é hijos, buscando por todas partes cómo divertir á los grandes y á los ricos con elogios, á las mugeres con adulaciones, y con torpes bufonadas á la clase baja del pueblo. Contaban fábulas é historietas, cantaban, hacían de bufones y otras cosas; y según sus varias ocupaciones, se llamaban *Trouvères*, *Troubadours*, *Romanciers*, *Conteurs*, *Chanterres*, *Jongleurs*, *Menestriers*, etc.



El que quería ser un hábil y distinguido ministril, y no un juglar, debía ser músico, narrador y sabio á la vez; estar dispuesto á sostener tesis amorosas ó científicas; en una palabra, á responder de *omni re scibili*. Debía saber contar los sucesos en lengua romana y latina, ó en idioma provenzal, cantar de memoria una gran cantidad de *Lais*, y tocar los instrumentos entonces en uso.

Había las *chansons de gestes*, canciones de gestas, de contenido histórico; los *romans d'aventures*, en que se cantaban los hechos de los caballeros; poemas nacionales sobre la valentía de los paladines; pero las canciones mas usadas eran las *Lais* ó cántigas sobre objetos alegres, tristes, eróticos y devotos, las cuales se acompañaban con el laud ó el harpa.

El ministril francés salmodiaba los milagros de san Benito, ó las crónicas de san Maglório; deploraba las desventuras de Baudyilda la de las cejas rubias, víctima de las asechanzas de Veland, ó la suer-

(1) Je chanterai
Et je ferai
Chanson joliette
Pour l'amour m' de amie.

Car je suis joueur de vielle,
Je sais narrer, je suis fabliaux,
Je sais conter beaux dits nouveaux,
Et servantois et pastourelles.

(MAZUY)

te lamentable de la castellana de Vergy; era jovial y burlón; popularizaba las canciones de Tibaldo, conde de Champaña y rey de Navarra; ponía en verso la fábula de Aucassin y de Nicolasilha su amiga, la del lego fray Dionisio, ó la del sacristán y la mujer del caballero.

Los *Rotruenges* eran unas coplas cantadas en coro ó círculo, y acompañadas con el instrumento llamado *rota*. Los *servantois* ó *serventes*, serventesios, eran cantos de contenido histórico, y las *Pastourelles*, lo que nosotros llamabamos villanesca ó pastorales. Los ministriles franceses, y los que de Francia venían á España, en especial á Aragón y Cataluña, además del harpa tenían otros instrumentos, empleados en ocasiones solemnes, ó en las casas de los ricos. Dichos instrumentos era la *Viele*, viola, la *Muse* ó *Musette* ó *cornemuse*, *cornamusa*, la *Chifonie* (1), el *salteire* y la *Rote*.

Llegándose á pervertir las costumbres de los ministriles hacia la mitad de la edad media, y rehusándoles los señores y las castellanas la hospitalidad, se acarrearón el desprecio por todas partes, viéndose reducidos á una vida aventurera y á confundirse con toda clase de jente perdida. En Alemania, dice Lichtenthal (2), los escolmugó la iglesia, y las leyes los declararon como infames; sus hijos no podían aprender ningún oficio, siendo calificados como bastardos. En otros países europeos, y particularmente en Francia, tuvieron por mucho tiempo una suerte igual. Por todas partes fueron acogidos por los hombres, mientras que las leyes los perseguían y los trataban como á la vez mas vil. Tal fué la consecuencia de su vida desordenada; pero la cultura siempre creciente, y un gusto algo refinado por diversiones mejores produjeron poco á poco una reforma. Viendo los ministriles que con una vida errante iban siempre á menos, eligieron habitaciones fijas, y su estable domicilio les dejó tiempo para perfeccionarse en el arte, conociendo bien pronto cuán absurdo era el entregarse á arlequinadas y charlatanías (3). Con semejante mudanza salieron de los prostituidos ministriles tocadores de toda especie, los cuales, después de sujetarse al orden civil, se emplearon unos en las músicas de iglesia, y otros en las fiestas y danzas públicas. De estos charlatanes nacieron poetas, que si al principio no llegaron á un alto grado de perfección, trazaron la senda de la verdadera y perfecta poesía que mas tarde continuaron los provenzales, como precursores del Dante, Petrarca y Boccaccio.

De este modo, continúa el citado Lichtenthal, se alzaron dos nobles artes del fango, donde estaban sepultadas, por decirlo así, y manejadas por hombres distintos, llegaron al grado de poder servir noblemente para recreo del espíritu y del corazón. Así es que nacieron clases de verdaderos poetas, y se formaron cuerpos musicales que comenzaron á crearse bajo la protección de los magistrados en los siglos XIII y XIV.

La primera de estas reuniones se fundó en Francia hacia el año 1330, bajo el nombre de *Confrerie de S. Julien des Menestriers*. Sus individuos ó cofrades se llamaban *Compagnos*, *Jongleurs*, *Menestreux* ó *Menestriers* y *Menestrels*. Esta reunion fué autorizada y confirmada por los magistrados en noviembre de 1331. La sociedad eligió no solo un santo protector como fué san Genest (jugador de cubiletes, romano, el cual vuelto cristiano, murió como martir en 303), sino tambien un Preposito, bajo el nombre de *Roi des Menestriers*; pues en aquellos tiempos casi todas las hermandades tenían un jefe con el título de Rey; como se decía tambien *el rey de los locos*, en la antigua fiesta de dicho nombre (4).

Toda la cofradía habitaba en una sola calle, llamada *Rue de San Julien des Menestriers*; y si alguna persona quería dar música en ocasión de bodas ó otras fiestas, acudía á aquella calle por tocadores.

A la nueva sociedad le sucedió lo que á casi todas, llegó tambien á entregarse á una vida disoluta, y después de varias órdenes severas se dividió en dos partes: una tornó á su antigua manera de vida, bailando en la cuerda; otra se unió nuevamente bajo la tutela de los magistrados, y estando entonces en moda una especie de violín de tres cuerdas, llamado *Bebec*, tomó el título de *Menestrels*, *joueurs d'instruments*, *tant haut que bas*. El rey Carlos VI confirmó este título en patente de 14 de abril de 1401, la cual comienza de esta manera:

(1) Véase lo que es este instrumento en el diccionario de nuestra lengua, en la voz *sinfonía*. Todavía lo usan los gallegos y asturianos.

(2) Dictionnaire della Musica.

(3) Entiéndase que la voz *Charlataneria* es derivada de la palabra francesa *Charles*. Como los ministriles franceses que andaban de una parte á otra, además de sus *Lais* deshonestas no cantasen comunmente otras hazñas que las de Carlomagno, los italianos les denominaron los *ciarles* ó *ciarlantani*, viniendo á convertirse esta palabra en *charlatanes* para nosotros, pero con otra significacion distinta.

(4) Quant au titre de roi, on sait qu'au Moyen-Age les chefs de certaines corporations étaient ainsi désignés: il y avait un roi de la baschoche, un roi des menestriers, un roi des archers, un roi des merciers, un roi des barbiers, et des rois d'armes, *reges armorum*, parmi les héralds et les poursuivants d'armes.

MAZUY.

« Charles, par la grace de Dieu, roi de France: savoir faisons á tous présens et á venir. Nous avons recu l'humble supplication du rois Menestrels et des autres Menestrels, Joueurs des instrumens, tant haut comme bas, contenant comme dés l'an 1397 pour leur science de Menestrade, faire et entretenir selon certaines Ordonnances, par eux autrefois faites, et tous Menestrels, tant joueurs de hauts instrumens comme bas, seront tenus de aller pardevant le dit roi des Menestrels, pour faire serment d'accomplir toutes les choses ci-aprés declarées, etc.»

Las ordenanzas arriba indicadas se referían á bodas y á otros casos en que los ministriles podían tocar. Ignórase la suerte ulterior de esta sociedad despues de dicha patente; pero consta de que tuvo una larga série de reyes, entre los cuales hubo un Guillermo I y un II, un Dumanoir, un Constantino, y finalmente un Jean-Pierre Guignon (1). El último se llamó *roi de violons*, rey de los violines, el cual quería tener bajo su dominio no solo á toda clase de música, sino también á los maestros de baile; así es que sostuvo un pleito muy serio que perdió, y que indujo al verdadero monarca á abolir en 1775 semejante dignidad musical. Los trámites de esta causa singular se imprimieron de real orden en 1774 con el título de: *Recueil d'Edits, Arrêts du conseil du roi, Lettres-Patentes*, etc. en faveur des Musiciens du Royaume.

Una institución musical semejante á la anterior existía también en Alemania, en donde llamaban á los ministriles *Spilleute*, tocadores. Se ignora precisamente la época de su creación, pero parece que el supremo oficio musical en Viena, llamado *Ober-Spiel-Grafen, Amt*, bajo cuya jurisdicción estaban los *Mimos, Histriones* y músicos de toda el Austria, existía ya en el siglo XIV.

Por último, los ministriles inundaron también la Italia; y Muratori cita una antigua historia de Bolonia en el año 1288 en donde se lee, que esta clase de gentes hormigueaban en las calles de tal modo, que tuvieron que prohibir los magistrados que se pusieran á cantar en las plazas públicas. Refiere igualmente que en 1554 en una fiesta celebrada en Rimini, en ocasión de armar caballeros á algunos nobles italianos, se hallaron presentes mas de mil y quinientos histriones.

En España, como en otras muchas partes, se confundieron á menudo los nombres de ministriles con los de juglares, que indudablemente no eran unos mismos, como tampoco eran iguales los ministriles á los trovadores, aunque de ello se encuentren ejemplos. Entre nosotros el ministril ó juglar tuvo algunas preeminencias por ser cantor, músico y poeta al mismo tiempo. Así se deduce de lo que se lee en el privilegio de la confirmación del *Fuero de los Francos*, dado por don Alonso VII en Burgos, cuando recibió la corona en dicha ciudad. En este privilegio, formado no solo por don Alonso sino para varios personajes, en la cuarta columna se halla la firma de un juglar ó músico de profesión, llamado *Palea*, en estos términos: *Palea juglar confirmat*; lo cual indica que los tales cantores tenían por entonces en España alguna importancia.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el río suena!

(Continuación.)

A decir verdad, ya yo estaba preparado á una cita fuera de las reglas ordinarias, pensando que mi jamona, como casi todas las mugeres de sus años, trataría de suplir con el aparato escénico todo lo que á sus encantos faltaba de juventud y lozanía; pero íbame pareciendo sobrado misterio y maquinaria excesiva, lo de tenerme en tinieblas y privado de oír humana voz. Así, pues, que hube tomado asiento, y asegurádome con el suave contacto de unos rizos perfumados y ondulantes, de que tenía á milado, en efecto, á un individuo

del bello sexo, resolvíme á entablar vigorosamente la conversacion; mas apenas hube pronunciado la primer palabra, y al mismo tiempo extendido el brazo derecho para tomar con él la medida de la cintura de la invisible belleza, cuando esta, dando un ligerísimo salto, se puso fuera de mi alcance, y con su mano suave y pequeña, pero firme al mismo tiempo, me tapó la boca, diciéndome en voz algo conmovida:

—«¡Silencio! Espérese V. aquí y no se mueva hasta que venga la persona que busca.»

La mordaza que me habían puesto me pareció tan linda, que no pude menos de entretenerme en besarla mientras la voz hablaba; pero como aquel ejercicio era incompatible con la necesidad de contestar á la desconocida, hube de ponerle término para decir:

«La que yo busco eres tú.»—«¡Silencio! me interrumpieron, si nos oyera! La que V. busca vendrá. Adios.»

Mientras tal me decían había yo dado con la cintura que antes se me escapara, y sentido latir bajo un corpiño admirablemente ajustado al talle de su portadora, un corazón que no debía de estar muy sereno; por manera que, sin fatuidad, pude persuadirme de que, fuese ó no fuese aquella muger la que me citaba, mi persona no le era indiferente.

A mis años entonces la consecuencia de observaciones semejantes es la de mostrarse, cuando menos, agradecido á la buena voluntad de una muger; y yo, señores, olvidando ya á todas las jamonas del mundo, quisiere probarle mi gratitud á la invisible sílfide; mas ella, ó comprendiendo el riesgo, ó temiendo otros peligros, desasióse de mis brazos, no sin que, no sé cómo, se rozasen muy de cerca nuestros rostros, y salió del cuarto en que estábamos cerrando tras de sí una puerta.

—«Basta por hoy, dijo don Diego, que es tarde; y el brigadier va complaciéndose demasiado en cuadros sobradamente peligrosos.»

Y con tal observación de nuestro Aristarco se terminó la sesión de aquella tarde.

X.

Una hija tan buena como su madre.

Sotopardo. Una hora ó mas tiempo acaso, estuve solo, y no sosegado por cierto, en el oscuro gabinete: mas al cabo, oído un portazo, y la despedida en voz gangosa y acento nasal de un prójimo, cuya visita sin duda era causa de mi planton, entré á sacarme de penas con una luz en la mano la jamona del garito, la Antonia que pasaba por mujer del supuesto don Juan de Retama, la *Milagros*, en fin, causa ocasional, sino fundamental, del descrédito, ruina y envilecimiento de don Fadrique de Vargas.

No quiero, señores, no debo tampoco molestar ni escandalizar á VV., y en particular al severísimo señor don Diego, con relatos profanos y ocasionados: fácilmente adivinarán que entre un capitán de caballería joven y fogoso, y una *Aspasia* de origen egipcio, por no decir gitano, ni el concierto sería difícil, ni lánguida la conversacion: pero lo que no puedo menos de indicar, siquiera en disculpa de mi estragado gusto, ó en prueba de la inestabilidad de ciertas inclinaciones, es que á poco tiempo de entrevista se apoderó de mi ánimo un sentimiento mas fácil de comprender que de explicar. ¿Han tenido VV. hambre alguna vez, y necesidad absoluta de satisfacerla en la ahumada cocina de un ventorrillo? —Pues figuréase, si por ello no han pasado como yo, que se han comido un plato de sopas hechas con ajo, cebolla y cominos, cuyas primeras cucharadas afectaron agradablemente su paladar escitado: pero que satisfecho el apetito recobran el gusto perdido, y sienten un asco invencible, que les hace echar de menos hasta el hambre misma. Tal me sucedió con la veterana *Aspasia*, y como nunca he sido muy diestro en disimular mis afectos, ella, á pesar de mis esfuerzos para ocultar el aburrimiento que me dominaba, hubo de conocerlo sin duda alguna. Precisamente su situación en general donde la pasión para el hombre comienza á declinar nace la de las mujeres; y las *ultra-quinociales*, sobre todo, se pagan de sus galanes favorecidos y á ellos se aferran como el marisco á la roca en que nace.

Dicho esto, amigos míos, comprenderán VV. que desde nuestra primera entrevista se convirtieron aquellas relaciones en una lucha en que, si estaban de mi parte la fuerza y la juventud, de la suya tenía mi adversaria la habilidad y la experiencia, bastantes por algun tiempo á equilibrar el combate: pero un tercer personaje, oculto por el momento en la sombra del cuadro, había resuelto complicar el negocio y supo conseguirlo en efecto.

No sabía yo cómo defenderme del cargo de tibieza que con harta justicia se me hacía, y acudí á los celos, que hice recaer —¿Por qué? Yo mismo lo ignoro, pero que, en fin, hice recaer sobre la voz gangosa, cuya despedida fué preludio á mi supuesta ventura — *Milagros* que no esperaba tan brusco ataque se turbó un instante, mas recobrando en breve su serenidad, dijo riéndose que aquella voz

(1) Ducange habla también de un documento de 1558, en el que se lee: *Le Robert Caveron roi des Menestrels du Royaume de France*; y de otros documentos de 1537 y 1562 en los que se menciona á un tal *Copin du Brequin* como rey de los ministriles del reino de Francia. Estos reyes recibieron también coronas de plata, como se deduce de los gastos ocasionados en la libertad del rey Juan I en 1567, hecho prisionero en 1556 cerca de Poitiers, pues entre otras cosas se lee: *Pour une couronne d'argent qu'il donna le jour de la Triphania au roy des Menestrels.*

era la de un buen religioso, padre jubilado de cierta orden monástica, y protector de la familia, á quien debían ella y su hija la libertad de que gozaban, y por cuya intercesión esperaban conseguir la de su marido que aun continuaba preso. Una vez ya la conversacion en tal capitulo, naturalmente entraba la novela sentimental de las desgracias de la familia, la brutalidad de su gefe, la desdicha de la pobre víctima, y la dura necesidad de descender de la altura en que se habia nacido, etc.—Todo lo escuché con el aire de compuncion conveniente, y como el deseo de que no se variase de tema por el momento me hizo amable y hasta cariñoso, Milagros recobró pronto la perdida confianza.

Yo entonces, tanto por cumplir mi palabra, como por proporcionarme compañía en aquella aventura, traté de hacer algo por Mendoza, y para ello empecé preguntando á la Gitana por su hija.—Un relámpago de celosa desconfianza brilló en sus negros rutilantes ojos al escuchar mi pregunta, pero tan rápido como venenoso; y si bien en el momento lo atribuí solo al sentimiento de envidia natural en todas las jamonas galantes contra las mugeres jóvenes y hermosas, aunque sean sus propias hijas, mas tarde me he dicho muchas veces que debí haber adivinado á la Vivora en aquella sola mirada.—Como quiera que sea, Milagros, domínandose, consintió con dificultad en que Mendoza visitara su casa, pero anunciándome que le vigilaría muy de cerca: no queriendo, me dijo, que su hija se perdiese, aunque ella misma no era buena.—Parecióme tal sentimiento sobrado natural y justo para contradecirlo; pero aun con ser jóven entonces se me ocurrió la idea de que le estuviera mejor á la madre, y fuera mas eficaz para la virtud de la hija, que diese aquella á ésta buenos ejemplos con su vida, que guardarla con celoso esmero.

La verdad era que hija y madre, dignísimas la una de la otra, habian comprendido el bestial candor de mi compañero, y resuelto en consecuencia encaminar el negocio por la senda del santo matrimonio, para lo cual era excelente medio multiplicar los obstáculos y persuadir al pretendiente de que aquella fortaleza era poco menos que inespugnable.

Semejante táctica hubiera sido conmigo de poco provecho; con Mendoza, mortal predestinado á la beatitud que procede de una ceguera moral incurable, debía ser y fué al cabo omnipotente; pero no anticipeemos los sucesos.

Convenidos Milagros y yo en un plan de vida mas que regocijado, si bien cauto en extremo, mientras su marido salia de la cárcel, y presentado Mendoza en la casa, entablóse un cuarteto en el cual la armonia resultaba solo de las disonancias.

Mendoza hacia el amante sentimental de pais de abanico; Matilde de la coqueta risueña, la virtud alegre aunque invencible; mi jamona la mujer de mundo apasionada; yo el calavera francamente escéptico. Esto en las apariencias, que en el fondo de los corazones otra cosa pasaba, á escepcion de mi pobre compañero, que era víctima de una pasión sincerísima. En efecto, Matilde, despreciando á Mendoza, me lanzaba las mas espresivas ojeadas siempre que á hurtadillas de su madre podía hacerlo; yo, recordando la cintura que habia medido la noche de mi primera entrevista con Milagros, y, lo que era peor, comparando la beldad sin artificios, fresca, aromática, por decirlo así, de la hija, con los encantos industriales de la madre, me sentía á mi pesar arrastrado hácia la primera de tal modo, que solo por no privarme de verla me resignaba á no romper con la última. ¿Qué diré á VV. de Milagros? Entonces la creí ciega; hoy me encuentro convencido de que veía claramente lo que en mí pasaba; mas por lo mismo, conociendo que una sola queja la hubiera perdido, se resignaba á dejarse abrasar por la llama que otra encendía. Y cuando digo que se resignaba, quizá no me esplico con toda propiedad, porque de vez en cuando el volcan contenido hacia su explosión, ya contra mí, ya con mas frecuencia contra Matilde, y casi constantemente contra el pobre Mendoza, que se desvivía, sin embargo, por complacer á la madre de la reina y señora de sus pensamientos.

Sentiria que se figurarán VV. que, al menos por lo que á mí respecta, la situación que he procurado describirles, fuese en la época á que me refiero tan clara y paladina como hoy la pinto. No: en mi cabeza no entraba la idea de hacer una felonía á mi compañero, ni por consiguiente una infidelidad á Milagros con su propia hija; pero la fatalidad me arrastraba insensible, aunque poderosamente, á cometer ambas faltas.

Con las dos mugeres que en aquel drama intervenian las peripecias y las catástrofes mismas no podian hacerse esperar mucho tiempo. En las venas de entrambas circulaba la sangre ardiente de los hijos del Desierto: el amor en sus corazones participaba del frenesí del odio; y el odio mismo se sublimaba. La una y la otra eran incapaces de virtud: el vicio y aun el crimen su vocacion; hasta entonces estuvieron de acuerdo, porque nunca aspiraron á una misma cosa;

desde el momento en que la una poseía á un hombre que la otra deseaba, debían ser y fueron implacables enemigas.

A los dos ó tres meses de nuestras relaciones ya no nos unian á unos con otros los lazos del placer, sino los de un sentimiento verdaderamente infernal, que afectando diversas formas segun la índole especial de cada uno de nosotros, era, sin embargo, uno en la esencia, uno que todos conocemos, ninguno acierta á esplicar, y á que yo mismo no sé poner nombre. La verdad es que á las leyes de la moral no se falta nunca impunemente, y que el mas cruel de los castigos que por culpas de tal naturaleza se imponen al hombre, es en mi concepto ese malestar indefinible, ese desabrimiento consigo mismo, ese anhelo insaciable de nuevos deleites, esa inestabilidad en sus gustos, que le amargan los que logra, le empalagan con los que gozó, y le inhabilitan para los que son objeto de sus aspiraciones.

La inmoralidad es una harpa que hace inmundo todo aquello que toca.

Pero, volviendo á mi cuento, pasaron unos tres meses, durante los cuales el don Juan de Retama, á ruego de buenos, logró, segun me dijo su digna esposa, que la pena durísima que le amenazaba se conmutase en destierro de la monarquía española. Milagros y su hija permanecieron en Madrid á pretexto de arreglar negocios y recoger algunas cantidades que, decían, les adeudaban ciertos sujetos, mas en realidad porque ni á la una ni á la otra convenia salir por entonces de la Corte. La madre tenia para ello, fuera de la pasión de que yo era objeto, otras razones que pronto conocerán VV.; en cuanto á la hija, ¿Cómo habia de renunciar á la esperanza de casarse, aun sin tomar en cuenta su diabólica inclinación á mi humilde persona?—Mas en medio de todo, lo que entonces me asombraba y ahora supongo que admirará á VV., amigos míos, es que aquellas mugeres á quienes poco tiempo antes conocimos en un gazapon inmundo y en la mayor miseria, viviesen, como vivian, en decente, desahogada medianía, sin aceptar ni de Mendoza ni de mí aun aquellos regalos que son como de tabla en semejantes casos. ¿Cálculo! pensará alguno; y es posible que por parte de Matilde lo hubiese, mas por lo que respecta á Milagros el desinterés era sincero entonces, y no se me rían ustedes, porque digo la verdad entera. Si, aquella muger, como todas las de su misma edad y circunstancias cuando se apasionan, sintiendo instintivamente cuanto les falta en atractivos y les sobra en años para cautivar un corazon jóven y ardiente, procuran, y sin cálculo, elevarse por medio del mas completo desinterés á la region de los nobles sentimientos. En tal situación las hay que, en una necesidad extrema, preferirian prostituirse á un extraño á recibir una sola moneda de manos de su amante.

Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que en materia de dinero no es posible conducirse con mas desinterés que aquellas dos mugeres se conducian con nosotros. Así Mendoza, enamorándose mas y mas cada dia, y hallando un muro de hielo que rechazaba el ardor de sus deseos, resolvió, en fin, casarse, pero ocultándole aquella determinacion cuidadosamente, porque cuantas veces me la habia insinuado, recibí en respuesta ó severas advertencias ó amargos sarcasmos. Matilde, por su parte, ya de malísima fé con su madre, y con su plan formado á mayor abundamiento, nada nos dijo á Milagros ni á mí; por manera, que ya mi compañero tenia conseguida la Real licencia para contraer matrimonio, cuando, ignorándolo absolutamente nosotros, ocurrió la escena que voy á referir á VV. seguidamente.

Antes, empero, conviene advertir que el Padre jubilado, protector de aquella desgraciada familia, tenia costumbre de visitarla dos veces á la semana, siempre á la misma hora, que era la del anochecer. Recibíale Milagros, en general, á solas; pocas veces Matilde; y cuidábase infinito de que ignorase nuestras visitas; porque era preciso, se nos decía, que el santo varon no pudiese ni sospechar siquiera los deslices de aquellas á quienes por buenas tenia y en tal concepto amparaba. Mi naturaleza ha sido siempre singular: siendo muy poco creyente, es, sin embargo, facilísimo engañarme, porque aquello que juzgo absurdo ó que me es antipático, me parece en todos imposible. Así juro á VV. que, considerando á un fraile como una especie de animal neutro, jamás me pasó por la cabeza la idea de recelar nada de aquellas entrevistas periódicas, á solas, y en general muy largas. Verdad es que, no estando enamorado, ni mucho menos, de Milagros, la sensibilidad del órgano de los celos estaba lejos de ser entonces esquisita en mí; y verdad tambien que, como una ó dos veces, ausente Mendoza, no recuerdo por qué motivo, me hallé á solas con Matilde mientras su madre daba conversacion al reverendo, lejos de sentir las visitas de este, sospecho que las deseaba, ó cuando menos que con placer las veía.

Y sin embargo, como en las posiciones falsas es todo contradictorio, nada conduce al fin deseado, yo, que anhelaba hallarme á solas con Matilde, cuando lo conseguia dejábame dominar por una timidez, ó mas bien perplejidad, tanto mas penosa cuanto mas agena

á mi carácter naturalmente audaz y osado. Ella por su parte no parecía tampoco mas satisfecha que yo, y llegó á acontecernos haber pasado hora y media sin testigos, ambos sentados cada uno al extremo de un mismo sofá, sin habernos dicho mas de media docena de palabras, y esas insignificantes, ó inoportunas, ó necias. Así, mal contentos el uno del otro, nos cogia la llegada de Milagros y de Mendoza, y en aquel momento era cuando con una mirada nos decíamos: «¡Qué lástima! ¡Ahora que ya íbamos á entablar la conversacion!»

Matilde, á quien Alfonso ha conocido bastante hermosa para justificar la frenética pasion que supo inspirarle, era en la época á que me refiero una perfecta hermosura, y mas que bella graciosa; y sobre la hermosura y la gracia, tenia ese don de seducir, esa atmósfera de voluptuosidad que irradia de ciertas privilegiadas mugeres, y trastorna el juicio de cuantos se les acercan. En punto á juicio ya saben VV. el poco que por entonces tenia mi pobre cabeza: figúrense, pues, cómo me puso aquella irresistible sirena.

Pero todavía no comprenderán VV. bien las situaciones si no se hacen cargo de que la hija de Milagros estaba (confieso que parece inmodesto decirlo) perdidamente enamorada del amante de su madre.

Don Diego. ¡No estaria malo el amor de aquella Pécora! Por Dios, Brigadier, que no me parece que se ha curado V. aun radicalmente.

Sotopardo: Tan radicalmente, que hablo del *Cárlos* de entonces, como pudiera de *Cárlos* de Suecia, ó de cualquiera otro difunto há siglos: pero Matilde me amaba, es verdad y debo decirlo.

Espliquémonos: sin embargo: si por amor entendemos aquí los primeros ardientes latidos de un corazon puro é inocente, una llama eterea como la *Psiquis*, la aspiracion de una *santa Teresa* á los

brazos de su divino esposo, entonces digo que Matilde era incapaz de amar ni á mi ni á nadie. La voluptuosidad carnal era el elemento dominante en la constitucion orgánica de aquella mujer, y las circunstancias de su nacimiento, familia y educacion lejos de espiritualizarla, contribuyeron á robustecer su natural indole: pero Matilde podia amar y me amaba positivamente con el frenesi de una *Safo*, con la intensidad de una *Fedra*, con la saña de una *Clitemnestra*. No era á mi, si VV. quieren, á quien realmente amaba, sino á si misma: no fui yo el autor del fuego que la devoraba, sino la causa ocasional que de su estado latente fui á sacarlo: pero como objeto de sus deseos, ó como posesion para ella vedada, el hecho es que por mi y para mi vivia entonces, y que para llegar hasta mí hubiera sido capaz de locuras, y hasta de crímenes.

Escasa era la moralidad de aquella mujer, escasa por no decir nula, pero no obstante hay en todas las conciencias un grito de reprobacion para ciertas acciones que dificilmente se sofoca; y ese grito decia á Matilde: «*Aparte los lascivos ojos del amante de tu madre.*» Oida esa voz, un corazon entero y virtuoso aparta de sí la tentacion; el débil se refugia en brazos de la religion ó huye del objeto de su mal deseo; el imprevisor sucumbe inopinadamente; mas el impio se dice: «*Cúmplase mi voluntad y ábrase el abismo para tragarme.*»

Tales debian de ser los raciocinios de don Juan Tenorio, tal fué el de Matilde, que no ignorante, no alucinada, sino á sabiendas, y con lógica resolucion, se propuso ser mia, por no decir que yo fuese suyo.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



(El Centinela.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.